

# LA VIDA CON SU TABLERO

(Ecos y encuentros con Luis Rosales)

## I

En las primeras mañanas del recuerdo.  
¿Se queda dormida la memoria? Sé que  
vibra siempre el verano. No se materializa  
el tiempo en las mil arrugas  
sino en la claridad que se derrama.  
De otras cosas me entero, de las horas  
con alas, de canciones sin viento,  
de nubes en la encrucijada clamorosa.  
También sé que los ojos se apoyan  
en la mesa de trabajo, o en la mano  
que cordialmente se estrecha, o en  
las luces desde fuera desenterradas.

De puro viejas se transparentan las palabras.  
Se las oye. Como se oye a los pájaros.  
Palabras que en el mar de los días  
a estelas y a brújulas se asemejan. Esto  
es: escuchadas desde dentro.

## II

Dícese: arboleda de mayo.  
Repítese: amistad en los años.  
El aire se mostraba acuchilladizo  
en esas comparaciones. En poesía  
se modelaba la libertad a pulso ganada.  
Novela y crónica al acogerse el hoy y  
el pasado reciente. Así era aquello, por  
la Ciudad Universitaria, un despacho  
austero, y el rigor de la ofrenda dicha y dada.  
Herencia de la geografía de España. Andalucía  
y Vasconia. Dos poetas. Hablábamos. Seguimos  
hablando. Páginas con sencillez guiadas.

En la siempre difícil alegría, aquel diálogo se continúa. Siembra, y esperanza. La vida se escribe en las pizarras del alba.

### III

Nadie habla de baratijas. Y menos que nadie, yo mismo. Evoco el camino de las verdades. No puedo olvidar nada. A nada renuncio. Acaso el horizonte tenga su nido exacto en cántico de labios sinceros, en la mano estrechada. ¿Qué tal te va? ¿Cómo siguen tus cosas? Dos poetas se hablan. La vibración de lo sentido. De lo soñado. En el corazón. Con su sustancia. Por los subsuelos de la tierra de todos. Por arroyos y barrancas y vericuetos. Por las venas que en espejo se recrean.

Nadie habla de baratijas. Granito y basalto cerca del Guadarrama. La luz que en despacho austero a colaborar me invitaba.

### IV

Madrid no se desdora en primavera, se alza en su lenguaje renovado. Otra vez la Universitaria, la charla de prisa o sosegada. Apremia el poema con su albedrío. Temblando venía la resonancia, lo oscuro de la certidumbre. ¿Quién sabe vivir y soñar? De la mano se lleva al corazón, es lazarillo, reponiéndose infatigablemente la memoria. Lo de siempre, lo de hombres. Todo arde y sale a la luz de la cara y de las palabras. Eso es el tiempo, su cauce y su cuenca. Madrid por debajo de la corteza. Victoria, o naufragio, un camino que todo ilumina, una confesión de testigos. De encuentros. Poesía, hondísimas soledades al habla.

JACINTO LUIS GUEREÑA